

que ha conocido? Y ahí, en el jardín de su memoria, se hace rosa un botón: es una doncella que se desposa. Y la pánica siringa se oye tejiendo en el aire sus melódicos encajes, la marcha nupcial.

La semblanza del poeta *Molina* es de una sorprendente exactitud, sin ser fotografía: es una creación llena de fuerza y de relieve. Aun no habiendo conocido a *Molina* allí se le tiene de cuerpo entero. Su actitud de grande de España, su palabra animada, su temperamento de amante y de soñador, la fulguración de su talento, su condición de poeta y de batallador, su independencia y su gentileza. Nada falta para caracterizar al malogrado poeta *Molina*. Ni se puede olvidar la ternura de la última estrofa de *Casona de mi Infancia*

*¡Al apagarse el último fulgor crepuscular  
mis recuerdos cual niños se ponen a llorar!*

Por donde quiera estas imágenes animan las páginas del libro. Es natural que desprendidas estas imágenes del conjunto del poema a que pertenecen pierden gran parte de su valor artístico. Es algo que el crítico no tiene derecho a hacer, si no es con gran reserva y moderación. Razón por la cual he debido ser parco en las citas comprobatorias.

El sentido musical de este artista alcanza una rara perfección que recuerda en los ritmos nuevos la de *Darío*, y en los ritmos octosilábicos aquel casi olvidado músico de palabra arpada que se llamó *José Joaquín Palma*, hijo de Cuba. Al punto de que a las veces priva la emoción melódica sobre la imagen y el sentido. En otras palabras, el autor parece haberse propuesto producir un efecto emotivo mediante la música de la palabra más bien que mediante su acepción. Tal he sentido leyendo la tercera estrofa de *Extasis humilde* casi toda compuesta de disílabos melódicos. Efectos semejantes ha alcanzado en otras varias de sus poesías como *Presentida*. La música de sus décimas en el *Balcón de la novia* y *Jazminez del Cabo* dejan ver cuán bien maneja estas combinaciones que sólo por excepción han usado los modernistas hispano-americanos. Es esto decir que con su buen sentido de diestro artista no ha creído que para ser muy siglo veinteno había de desdeñar ritmos y estancias que fueron encanto del pasado y que tienen sólido fundamento en la esencia misma de la prosodia española.

En toda la obra de este poeta descúbrese la facilidad ingénita para percibir la melodía de la expresión. De no haber poseído la oportunidad de desenvolver sus raras dotes de artista refinado habría sido el payador, el juglar preclásico o el trovador andante. Su

verso es siempre fluido, aún allí donde, como en *A una incógnita*, se propone el poeta que uno experimente una sensación de distancia ideal y hace uso de palabras griegas, no frecuentes en la lengua y que a él le sirven a maravilla en ese poema para dejarnos la emoción de la lejanía y del exotismo.

El poeta *Valle* aparece en varias de sus composiciones con un tinte místico que le presta cierta semejanza con los poetas franceses del grupo de *Verlaine*. Puede que ese misticismo exista; pero en su obra cuanto aparece es la ceremonial pompa de los ritos de la iglesia: áureos fulgores de custodias y de cálices, y patenas, y casullas, y estolas; azules, morados, rojos de ventanales. Esto es lo que se halla en el fondo de sus recuerdos. Leyendo los títulos de sus poesías veréis mirras, incensarios, antífonas, teologías, angelus, navidad, holocausto; pero la esencia del pensamiento místico no está allí. Su alma es pagana, como la de tantos hombres de letras de nuestro continente, mejor diría, de nuestra sedicente civilización cristiana. Sólo que ese paganismo es un regreso, no la partida que contemplamos en *Hesiodo*, y está, por tanto, como impregnado de los aromas de los senderos cristianos que ha habido necesidad de recorrer para ese retorno al paganismo.

Creo que se es siempre pagano cuando se posee una amplia concepción de la belleza y del arte. Este es el caso de *Rafael Heliodoro Valle*. Al revés de otros poetas él no quema sahumerios en la atmósfera pura de las colinas. Para él es el arte un fin en sí mismo y no un vehículo de transporte de las doctrinas. El no embalsama sus poemas con redención social. Los crea nítidos y serenos. A él le basta saber que da morada en su conciencia de artista a los perfumes del mundo quemados al amor del fuego en los incensarios de sus sentidos.

Y no se le escapa, sin embargo, lo humano que sabe percibir con sutileza que es más que sutileza, como cuando refiriéndose a una niña dice de ella que «es tan triste como ciertos espejos que aumentan la tristeza de los salones»; o cuando escribe:

Amor que apenas asoma  
en el aire del Amor,  
se diría una paloma  
que nace sobre un aroma  
y muere sobre un color.

O cuando en la misma *Presentida*, dice:

Dora el banco de las citas  
el sol de aquellos retiros  
que deshoja exquisitas  
nostalgias de margaritas  
sobre adioses y suspiros.

Donde la delicadeza hace pensar en *Samain*. El cuarto verso que he sub-

rayado es de una felicidad extrema. Esa nostalgia evoca las ausencias de los amantes durante las cuales las margaritas experimentan la melancolía de las manos que interrogan deshojando.

Igualmente afortunados son sus epítetos que suelen ser de una belleza hechicera, como cuando escribe:

Amo el tisú de la sirena  
y su pupila mineral.

O como cuando las mariposas dicen del hueco de la fronda que es su «cashaogareña» o llama «labriegas» a las palomas que en abril se arrullan y se quejan o cuando llama *legendaria* la hora crepuscular en que el viajero pide el abrigo de un alero o la linterna que le alumbre el camino. Afortunados hallazgos de expresión que ensalzan su temperamento de artista.

Si habéis leído *Les Lettres de jeunesse* de *Charles Louis Philippe* comprenderéis bien cómo un corazón de hombre joven embellecido por el entusiasmo ama a sus amigos; apreciaréis entonces la declaración de que este poeta sabe amar a sus amigos con esa generosidad que sólo es dable en almas bien nacidas. Su poema *Unda y Fuentes* traduce tal generosidad:

Hoy, al pensarlo, mi cariño  
sale a su encuentro como un niño  
lleno de sonrisas la faz;  
soy un jardín bajo su planta;  
me aprieta un nudo la garganta  
y no puedo decirle más...

Este rico y caluroso sentimiento de amistad fué siempre el más excelente don de los dioses. Aparece en toda la historia de la raza de los *Arias* como una de las grandes perfecciones del ser humano. En la guerra, en la paz, en el amor, en el servicio de las deidades y del Estado la amistad leal y afectuosa ha sido un ornamento de la especie humana. Es, pues, evidente que en el caso del poeta *Valle* se tiene además de un artista delicado y sutil, un hombre de corazón efusivo. Lo que dió al genio de *José Martí* su singular encanto: su poder de amar a sus amigos hasta sentir «el nudo en la garganta».

Este don de amar explicará el cosmopolitismo de las influencias literarias que se transparentan en su obra. Veo alguno que otro reflejo de las fulguraciones bíblicas, un mucho de renacentismo y un mucho más de modernismo franco hispano americano. Pero no hay aquí geológicas estratificaciones, sino fusión de los diversos elementos, como ocurre en los bronceos corintios con los metales que les componen. Y sería sin mayor significación artística señalar aquí y allí rasgos similares en los poetas franceses o en los sudamericanos. Una cosmocom-